
Editorial

Mala cosa es dejar que los problemas crezcan. En los años 30, el pueblo alemán no se dió cuenta de la amenaza tan grave que representaba el nazismo y no se ocuparon o no supieron como frenarlo.

No fueron sólo los alemanes. Los demás países europeos y americanos, tampoco se percataron de lo que podía acontecer si no se detenía la marcha hacia el poder de Adolfo Hitler y sus seguidores y se convirtieron en observadores más que neutrales, desinteresados de lo que consideraban eran problemas que no les incumbían.

Hoy Alemania se enfrenta una vez más a la intolerancia, al racismo y la xenofobia y existen grupos que, alarmados, tratan de despertar la conciencia ciudadana para impedir que los horrores del nazismo se repitan.

Los y las mexicanas no podemos juzgar la apatía del pueblo alemán porque estamos incurriendo en el mismo error. Estamos dejando que se fortalezca la reacción sin siquiera discutir y analizar cuales serían las medidas a tomar, para evitar que en nuestro país se instale la represión y desaparezcan derechos tan fundamentales como la libertad de expresión.

A nosotros nadie nos preguntó si estábamos de acuerdo en restablecer relaciones diplomáticas con el Vaticano. Se dió por sentado que la mayoría del pueblo es católico y que como tal votaría SI, si se hiciera un referendum. Seguimos en la minoría de edad.

El peligro no está en las relaciones diplomáticas sino en la posibilidad de ceder ante las demandas eclesiásticas. Aunque muchos jerarcas no estén de acuerdo, es obvio que otros pretenden asumir el poder. Y en caso que lo logren podemos despedirnos de la libertad de cátedra, del derecho a decidir cuantos y cuando tener hijos, a la libertad de pensamiento y al derecho a ser mujer-persona. *Jm*